

Cincuenta y tres cartas inéditas a Ricardo Palma por Juana Manuela Gorriti. Lima : Universidad de San Martín de Porres, 2004

Autor:
Laera, Alejandra

Revista
Mora

2005, N° 11, pp. 217-220



Reseña

PO
S
DE
LA
RE

PO
S
DE
LA
RE

GORRITI, Juana Manuela.
**Cincuenta y tres cartas
inéditas a Ricardo
Palma. Fragmentos de lo
íntimo. Buenos Aires -
Lima: 1882-1891.**

Edición crítica, estudio preliminar, coordinación de dossier y diccionario a cargo de Graciela Batticuore. Lima: Universidad de San Martín de Porres, 2004, 152 págs.

En un oportuno comentario sobre la función de los epistolarios a finales del siglo XIX que ya cuenta con más de veinte años, Alain Pagès advierte, entre otras cosas, sobre dos riesgos fundamentales que acechan la publicación de la correspondencia privada: la ilusión de una posible resurrección a través de "l'épousément du détail" y la construcción del "culte du mort" ("Stratégies textuelles: la lettre à la fin du XIX siècle", *Littérature*, 31, 1978, 107-116). Si en el primer caso se trata de la ilusión del propio emisor de las cartas, que anhela, adivina o sabe que su correspondencia privada verá la luz pública y nunca olvida del todo esa aspiración al escribirlas, en el segundo caso se trata en cambio de la voluntad de los destinatarios de las misivas o de los herederos de su autor por retocar, suprimir, añadir aquello que vendría a intentar contra la imagen

deseada del escritor o la que éste ofrece de sus contemporáneos.

Entre la escritura (privada) original, con todo lo que de decoro personal o legado a la posteridad tiene, y la edición (pública) de un epistolario, con lo que tiene de censura, corrección y añadido, pueden leerse, para el ámbito latinoamericano, ejemplos tan diversos como extremos. Desde las cartas de Carmen Arriagada al pintor Rugendas y las de Mariquita Sánchez a su hija Florencia, hasta el voluminoso Archivo en el que Juan María Gutiérrez recopila los cientos de notas, mensajes y recados que le dirigieron sus también exilados compatriotas; desde esas cartas escritas en una zona ubicada entre lo privado y lo público con las que Sarmiento enmarca la *Campaña en el Ejército Grande* donde narra la conflictiva relación del letrado con los caudillos orientando definitivamente su lectura, hasta las tan reveladoras como amorosas misivas que en el último año de su vida, en plena campaña por la tardía independencia de Cuba, José Martí le escribe a María Mantilla. Nada de riesgoso, podría objetarse, parece haber en estos ejemplos. Si lo hay, no obstante, en el propio acto de recuperar epistolarios en el siglo XIX y en la profusión

de publicaciones que ha acompañado ese afán en el XX: por un lado, debido al desmedido uso biografista o documental amparado en la búsqueda de una verdad referencial, y por el otro, debido a la elección indiscriminada de material epistolar, como si la sola pertenencia a un personaje del pasado fuera suficiente para darlo a conocer y convertirlo en objeto de curiosidad.

Por todo eso, precisamente, la edición de cincuenta y tres cartas inéditas que Juana Manuela Gorriti le escribió desde Buenos Aires a Ricardo Palma entre 1880 y 1890 preparada por Graciela Batticuore -especialista en los procesos de lectura y autoría durante el siglo XIX en Latinoamérica y que se ha dedicado en particular a Gorriti y otras escritoras del período- tiene un doble, y legítimo, interés. Es que no se trata en este epistolario de descubrir aspectos inéditos de la biografía de su autora ni de su destinatario, ni tampoco de otorgarle validez por su mera remisión a un personaje decimonónico, en este caso una mujer escritora. Más todavía: en este conjunto de cartas la apuesta al detalle y el culto al muerto contra los que nos alertaba Pagès se ofrecen como objeto de lectura y análisis en vez de ser consecuencia de la edición. La

minuciosa escritura epistolar de Gorriti, la colección guardada por Palma y las tendenciosas correcciones hechas por el hijo de la escritora tras su muerte son constitutivas de este pequeño archivo; son su condición y no el resultado de la publicación. En cambio, el interés radica en que a partir de la lectura de estas cartas es posible reconstruir en toda su complejidad la escena cultural latinoamericana del último cuarto del siglo XIX. Esto es (y en ello habría que empezar a definir un rasgo propio del campo cultural latinoamericano): recuperar las tensiones constitutivas que atraviesan las prácticas de escritura, lectura y publicación; recuperar la convivencia -en vez de la simple sustitución- entre prácticas que comienzan a caer en desuso (como la escritura para un "entre-nos" o el autofinanciamiento) y otras que la modernización terminará imponiendo (como nuevas modalidades de escritura por encargo o la regulación de un mercado de bienes culturales).

Dos aspectos que a primera vista podrían parecer negativos contribuyen a este provechoso acercamiento a las últimas décadas del XIX desde Buenos Aires. Por un lado, el hecho de que no estén las cartas enviadas por Palma a Gorriti y que, por lo tanto, no



pueda reponerse el circuito completo, tiene un efecto saludable ya que evita toda tentación chismográfica en la lectura y modera saludablemente los impulsos biografistas. Por otro lado, el hecho de que ese acercamiento se haga a través de la mirada, las impresiones y la letra de una escritora romántica -es decir no sólo mujer y vieja sino también anacrónica-, y no de figuras de recambio más previsibles como el escritor *gentleman* del 80 o el bohemio del *fin-du-siècle*, permite evitar los esquematismos con los que generalmente se explica la literatura de esa época y abordarla desde una posición más sesgada, menos convencional.

Desde la letra difícil y temborosa de una Juana Manuela Gorriti que está viviendo los últimos diez años de su vida en una Buenos Aires que no logra hacerle olvidar la Lima en la que pasó casi toda su vida, hasta la cuidada edición preparada por Batticuore bajo el auspicio de la Universidad de San Martín Porres, en Perú, este medio centenar de cartas recibidas y guardadas por Ricardo Palma pasaron por un proceso que muestra, en consonancia con el material de las mismas cartas, también ciertos cambios sustanciales entre las prácticas culturales de fina-

les del siglo XIX y las de comienzos del XXI. Ese proceso supone labores de investigación, destreza en el trabajo de archivo, recontextualización de la labor epistolar y, sobre todo, la conversión de la letra íntima en edición pública, el cotejo del papel manuscrito con el libro impreso. En ese sentido, uno de los aportes del volumen es que pone a disposición todo un aparato crítico para dar a conocer las cartas pero no lo hace con un gesto de exhibicionista erudición sino de generosa amabilidad. Como señala Batticuore en el abarcador estudio con el que presenta el material incluido en el volumen, se trata de "abrir el archivo a un público más amplio y quizás más heterogéneo de aquel que puede ir en su busca a la biblioteca, movido casi siempre por alguna investigación literaria" (p. XIII). A ello contribuye, además de la calidad del libro que alberga el epistolario y de la tan ilustrativa como reveladora selección de material gráfico que lo acompaña, la acertada decisión de la editora de convocar a un grupo de especialistas para que colaboren con breves insights sobre algunos de los temas tratados en las cartas. Y aunque no siempre se ajusten a ese objetivo o aunque a veces rocen

las mismas cuestiones a expensas de dejar otras de lado, algunas de estas aproximaciones cumplen con acierto su propósito. Mientras algunas lo logran sirviendo de complemento de las mismas cartas (como la de Cristina Iglesia sobre la novela por encargo *Oasis en la vida* o la de Elena Altuna sobre la nostalgia en *La tierra natal*), otras lo hacen ajustándose provechosamente al epistolario (como la de Gustavo Paz sobre los cambios en la ciudad de Buenos Aires en los tiempos en que en ella vivió Gorriti, la de Claudia Torre sobre el modo en que se tejen los argumentos de las cartas o el fragmento tomado de una lectura de Liliana Zucotti acerca de las diferentes concepciones del relato que manejaban Gorriti y Palma).

En todo su despliegue, las cartas tocan temas de los más variados: el destierro y el desarraigo, la vocación y la profesionalización, el reconocimiento y la crítica, el acto de escribir y las actividades de lectura, la vida privada y la sociabilidad, entre otros. Pero, en casi todos los casos, esos temas nos pueden servir para una revisión de los abordajes más habituales. Así, la distancia de Gorriti respecto de Lima, lugar de destino de sus cartas, no supone únicamente

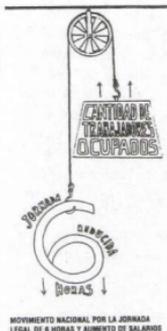
la tematización recurrente de la nostalgia provocada por el exilio al que se ve obligada para cobrar la pensión del gobierno argentino a los herederos de los héroes patrios. Esa distancia también propicia una personal comparación entre dos centros urbanos tan diferentes como Lima y Buenos Aires, a partir de la cual es posible revisar la encrucijada de tiempo-espacio en la que parece anclada la América hispana, tanto como los conflictivos nudos entre tradición y modernización y entre

americanismo y cosmopolitismo. Algo similar ocurre cuando analizamos el modo en que las cartas ilustran pero a la vez construyen la relación entre dos escritores americanos que participan de un espacio cultural común pese a la diferencias de origen, de generación y de género. Es que a partir de esa relación puede destejarse una red cultural latinoamericana que los estudios literarios centrados en la Argentina finisecular tienden a obliterar, ya sea en pos de los lazos con Europa y el afán de sincronía, ya sea por encontrar en Rubén Darío el aglutinador de buena parte de los problemas culturales de esos años y una clave para entrar al siglo XX. Sin embargo, atender a esta red que Gorriti ayuda a desenvolver con su correspondencia deja ver desde otra perspectiva el antagonismo entre estéticas (romanticismo y naturalismo) y las funciones diferenciales que encierran los géneros (prosa y verso; narración y ensayo; crónica y ficción; didacticismo y entretenimiento), así como las cuestiones emergentes de la profesionalización y el mercado (por qué y para quién se escribe; cuáles son las recompensas materiales y simbólicas de lo que se escribe).

Desde ya, Juana Manuela Gorriti no es (ni

tendría por qué serlo) una periférica Virginia Woolf *avant la lettre*, y ese malentendido que sobrevuela ciertas aproximaciones a su figura debería evitarse de una vez por todas. Más bien, lo que estas cartas iluminan inmejorablemente es que hay en la coyuntura de finales de siglo una hendidura por la cual la figura de escritora puede encontrar un suplemento respecto de una condición femenina que había estado reafirmada no sólo por su previsibilidad sino por su capacidad de transgresión. Se trata de un suplemento en la medida en que la posiciona en el campo cultural de su época en relación con otras características que le son propias, le abre el camino hacia una profesionalización de corte moderno que marca una distinción respecto de su ejercicio como organizadora de tertulias o veladas y posibilita nuevas modalidades de pasaje entre espacios y funciones privados y espacios y funciones públicas.

En esta suplementariedad, Gorriti deja ver las prácticas de lectura, escritura, edición y distribución de las últimas décadas del siglo XIX de una manera que si bien comparte algo de lo que se observaba en su aciuación en Lima (que ya la propia Batticuore describe en el marco de las



prácticas culturales en su libro *El taller de la escritora*) y algo de lo que puede analizarse en el contexto de la escena finisecular porteña, también se diferencia de ambas instancias. En sus intentos por acomodarse en ese presente modernizado y cosmopolita que ofrece Buenos Aires y por contarlo en dirección a la tradicional Lima del tradicionalista Palma, Gorriti consigue expresar lo que ese período de finales del XIX trae de novedoso y de diferente; en los reajustes y desajustes de la anciana escritora con los tiempos que corren, se lee, precisamente, la novedad. De ahí que, propongo, los insistentes elogios a Ricardo Palma haya que leerlos en ese mismo sentido: no tanto atendiendo a la desmesura del elogio, sino detectando en ellos una suerte de porfía en reclamar, y honrar, aquello que está desapareciendo. Y que ella parece saber que está desapareciendo. Quizás por eso, mientras el mundo de Gorriti -de los amigos americanos de Gorriti, de su círculo de referencia porteño- mira con nostalgia hacia atrás, su labor como escritora está inmersa en las puertitas al futuro que le entreabre el vertiginoso presente de finales del siglo XIX.

Alejandra Laera



SOCIAL
CALLEJERA
PIQUETERA